

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION CATÓLICA QUINCENAL

GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

Con aprobacion de la Autoridad Eclesiástica.

Redactor y Propietario, D. Adolfo Clavarana, Abogado.

DEL NATURAL.

—Buenos dias Sr. Director.

—Muy buenos los tenga V. Sr. D. Manolito.

—Venia, á que tuviese V. la bondad de suscribirme á LA LECTURA POPULAR.

—Con mil amores. ¿Cuántas acciones quiere V.?

—¡Acciones! Pero... es que se trata de alguna mina?

—Si señor; de una mina en que se saca oro..... del bolsillo.

—Como dice V., acciones.

—Digo acciones, porque en el periódico que yo dirijo, cada suscriptor tiene que tomar cuando menos, veinticinco ejemplares y además si le es posible, repartirlos por sí mismo, en obsequio de las clases pobres y jornaleras á quienes está principalmente dedicado.

—Dispense V. No me habia fijado. Pero... ¡veinticinco ejemplares! hombre ¡veinticinco ejemplares!...

—No, no... puede V. si gusta, tomar cincuenta ó ciento ó mil, segun el número de.....

—No; si lo vengo á decir, por que como yo no necesito más que un numerito.

—Para V. solo, indudablemente... y aun le sobra, pero como no se trata de V.

—Pues de quien se trata?

—¿De quien? del vecino y del otro y del otro. Del labrador, del artesano del jornalero.... De los operarios de su fábrica de V., de los trabajadores de sus fincas de V., de los....

—Hombre; tiene chiste. ¿Con que yo he de pagar para que otros lean?

—Si señor; lo mismo que en la medida de sus fuerzas, debe V. pagar para que otros coman y para que otros beban y para que otros vistan si son pobres y lo necesitan.

—Entendido, entendido; lo que dice la doctrina: dar de comer al hambriento; de beber al sediento y de vestir al desnudo. Muy bien, pero eso son obras de caridad y aquí no se trata de...

—¿Cómo que no se trata de?... ¿Qué acaso no son obras de caridad, enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo ha de menester y corregir al que yerra?

—¡Quien lo duda! pero esas obras en cierto modo hoy no son las mas necesarias.

—Precisamente sucede todo lo contrario. Nunca hubo más ignorancias que ilustrar, más errores que corregir, ni más gente que aconsejar.

—Ya sé donde va V. á parar, pero no veo en ello un argumento. ¿Acaso no se predicaban sermones cada dia? ¿No hay libros sanos donde leer? ¿No hay periódicos ortodoxos á que suscribirse?

—Si señor que los hay; y no falta quien, si son sermones, los oiga y si son libros ó periódicos los compre y los lea; pero precisamente, á esos que van al sermón y se toman el trabajo de leer el libro y hasta se gastan el dinero para suscribirse al buen periódico; á esos es precisamente, á quienes hay menos necesidad de dar consejos, corregir y enseñar.

—¿Por que?

—Por que en el mero hecho de buscar ellos mismos la correccion, ya se vé que no la necesitan ó que la necesitan menos. A quienes hay que buscar para ejercer la obra, es á aquellos que van huyendo de ella; á quienes más necesidad hay de enseñar, es á los que no quieren aprender; á quienes más conviene aconsejar, es á los que desprecian el consejo y en fin á los que más se debe corregir, no es á los que buscan el libro de la correccion y lo pagan, si no á los que, aun si se lo dan gratis, lo queman. ¿No le parece á V. D. Manolito?

—Psi...?no deja V. de tener razon... El pensamiento de V. no es malo... Pero... vamos, no creo yo necesario pagar periódicos á los demás, para ejercer esas obras de caridad. Cada uno puede muy bien por sí mismo, sin hacer ese sacrificio, dar buenos consejos, enseñar al que no sabe y corregir al que yerra. Y eso, mire V. sin que sea alabarme, lo hago yo muy á menudo.

—No lo dudo señor D. Manolito, no lo dudo, cuantas y cuantas veces enseñará V. á la criada... el mejor procedimiento para que no salgan duros los garbanzos del cocido.

—Hombre, hombre...

—Cuantos y cuantas, corregirá V.... la cuenta d

tendero de la esquina por si acaso se ha equivocado en algunos maravedises de más, que es la cosa más fácil del mundo.

—Caballero...

—Cuantos y cuantas, aconsejará V. á su zapatero con la caridad más ardiente y más bien ordenada del mundo, que procure ensancharle un poco las botas del lado del callito aquel que á V. tanto le duele.

—Señor mío V. se está burlando de mi y yo no puedo permanecer mas tiempo en su casa. V. lo pase bien.

—Vaya V. con Dios señor Don Manolito.

POSTDATA. D. Manolito tiene tres mil duros de renta y es, según el asegura un excelente católico de los que cada día se llevan veinte veces las manos á la cabeza para esclamar moviéndola con amargura: ¡Que tiempos, Señor, que tiempos! ¡Que doctrinas, Señor, que doctrinas!

La verdad es que no deja de haber en el mundo bastantes D. Manolitos.

FISIOLOGIA POPULAR.

EL OJO HUMANO.

Si nos detuviésemos á pensar un poco en ciertas cosas que nos parecen pequeñas, aprenderíamos muchas grandes que no sabemos, y seríamos mejores de lo que somos.

Por ejemplo: en nuestros ojos.

A pocos se les ocurre pensar en esas máquinas admirables que llevamos en nuestra cara; en esas hermosas ventanas por donde entra la luz á nuestra alma. Y sin embargo en ellas mejor que en otra parte, podemos aprender lo mucho que Dios sabe, lo mucho que Dios puede y lo mucho que Dios nos ama.

Nuestros ojos vienen á ser lo mismo que unas máquinas de fotografía. La pupila es el cristal y la retina que está en el fondo del ojo, es lo mismo que la plancha donde sale hecho el retrato. La figura ó imagen de las cosas que miramos, entrando por el cristal de nuestras pupilas, se pinta, digámoslo así, en el interior de la caja del ojo, y entonces, un nerviecito que como un cordón une esa caja con nuestro cerebro, se encarga de transmitirnos es decir, de transmitir á nuestra alma la impresión que recibió el ojo, lo mismo que se transmite un parte telegráfico.

Se nos presenta delante un amigo: seguidamente su imagen formada por los rayos de luz que se reflejan sobre su cuerpo, entra por el cristalito que llamamos la niña del ojo, á retratarse en el fondo de su caja; el nerviecillo entonces comunica al cerebro la visión, y el alma esclama: ahí está mi amigo; ya lo veo.

¡Cuánta sabiduría!

Pues ahora hay que ver cómo Dios conserva esa máquina.

Para que se mantuviese siempre transparente y suave el cristal del ojo, era menester que no se secara, y para esto puso Dios los lagrimales, que son unos saquitos llenos de éste humor, con unos agujeritos por donde va derramándose el líquido poco á poco para conservar la humedad. Pero al cristal se le había de limpiar el polvo que se le pegase y esto no podía hacerse con la mano, porque se inflamaria del roce; para esto puso Dios los párpados, que como dos paños suaves y húmedos, van limpiando á cada momento ese cristal. Aún hizo más. Para evitar que por las rendijas de los párpados entrase alguna cosa dañosa, puso en sus bordes las pestañas, especie de empalizadas con las puntas hacia delante, que al juntarse forman como una red y defienden perfectamente el ojo, aprisionando cualquier animalillo pequeño que quisiera penetrar.

Finalmente: Dios debía guardar bien, máquina tan preciosa y al efecto la puso en una caja fuertísima, formada por los huesos del cráneo, teniendo además la advertencia, de colocarla en la parte más alta de nuestro cuerpo, para que como un centinela nos avisase pronto todos los peligros.

Infinitas cosas más, pudieran decirse de obra tan grande, pero basta lo dicho, para gravar en nuestro corazón el agradecimiento que merecen tantos beneficios y dejar fija en nuestra memoria una idea del gran poder y sabiduría del Eterno Padre de los hombres.

LA SAGRADA EUCARISTIA.

Ayer terminó la octava del Corpus. Ayer terminaron los días en que el mundo cristiano rinde ferviente culto al gran misterio de amor.

Para el hombre de fé ¡cuánta grandeza encierra aquella hostia sin mancha, aquel pan de la vida! Y aún para el que no la tiene, si tiene corazón, cuan dulces sentimientos no debe despertar el recuerdo de Aquél que dió su vida por la humanidad y que antes de darla, cuando tenía ante sus ojos el espectáculo de todas sus tristezas y el horizonte de todas sus agonias, exclamaba:

Con deseo he deseado comer con vosotros esta pascua, antes que padezca; por que os digo que no comeré más de ella hasta que sea cumplida en el reino de Dios.

Hijos; (1) aun estoy un poco con vosotros. Me buscaréis, y así como dije... A donde yo voy vosotros no podeis venir; lo mismo ahora: Un mandamiento nuevo os doy; que os améis los unos á los otros; así como yo os he amado, para que vosotros os améis tambien entre vosotros mismos.

Si me amais guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador para que more siempre con vosotros. El espíritu de verdad, á quien no puede recibir el mundo, por que ni lo ve ni lo conoce; mas vosotros lo conoceréis por que morará con vosotros y estará con vosotros.

No os dejaré huérfanos, vendré á vosotros.

La paz os dejo, mi paz os doy, no se turbe vuestro corazón ni se acobarde.

Y estando ellos comiendo, tomó el pan y bendiciéndolo,

(1.) Estas palabras se cree fueron pronunciadas después de la cena.

lo partió y les dijo: Tomad; este es mi cuerpo. Y tomando el caliz, dando gracias se lo alargó y bebieron de él todos. Y les dijo: esta es mi sangre del nuevo testamento que por muchos será derramada.

¡Oh cuerpo y sangre bendecida! ¡cuán mal pagamos los hombres tu generoso sacrificio! Pero al mismo tiempo ¡qué cara nos cuesta nuestra ingratitud!

Desde que nos hemos alejado de tí nos invaden las sombras y las oleadas de la barbarie, crecen por momentos amenazando ahogar esta civilización elaborada á costa de tantos sufrimientos.

Tu te vas porque nuestros vicios y nuestras impiedades, te arrojan de nuestra alma; pero ¡ay! bien vengado quedas, pues conforme te vas alejando tu, van viniendo sobre nosotros todas las corrupciones y todas las miserias.

Dejas á la familia y la familia se prostituye.

Dejas á la sociedad y la anarquía la disuelve.

Dejas á la ciencia y la ciencia que es luz se convierte en tinieblas.

Peró no, no eres tú el que nos dejas; somos nosotros los que te dejamos.

Tú eres el buen Pastor cuyo ameroso silvo se escucha hasta en medio de la noche.

Tú eres el padre que siempre permanece. Nuestra orfandad es voluntaria.

Nos ofreciste la paz; nos ofreciste el consolador espíritu de verdad, pero nosotros hemos rechazado tu espíritu y tu paz y nos hemos resuelto á vivir persiguiéndonos recíprocamente, como las alimañas de los bosques.

Le hemos dado la razón á Hobbes.

El hombre, es ya EL LOBO DEL HOMBRE.

EL MILAGRO DE TURIN.

A propósito de la sagrada eucaristía, nos parece muy oportuno recordar á nuestros lectores un hecho portentoso que revela, como Dios deja entrever de cuando en cuando el brazo de su omnipotencia; para consuelo de los hombres de fé y desesperación de los incrédulos.

Hélo aquí:

En Turin, en el año de 1455, introdujose un malhechor en una iglesia, destrozó el tabernáculo y se apoderó de todos los vasos sagrados, cargándolos encima de su caballo. Comenzaba á declinar el día, y el ladrón con su sacrilego botín pasaba por una plaza de la ciudad, cuando de pronto su caballo dobló las piernas delanteras y se quedó como arrodillado. Inútiles fueron los repetidos golpes que le dió su dueño: no por ello abandonó el animal su postura. Fueron deteniéndose los transeúntes: reunióse la gente, rodearon al ladrón, y viéndole turbado, empezóse á sospechar algo: poco tardaron en descubrirse los vasos sagrados que le acusaban. Mientras algunos de los circunstantes le ataban para mejor asegurarle, una hostia que habia quedado en un copon, escapase á la vista de todos y se eleva radiante por los aires, quedándose en el aire suspendida á una altura de sesenta y ocho piés.

No tardó en esparcirse por toda la ciudad esta noticia del milagro. Convoca desde luego el Arzobispo una procesion general que quiere presidir personalmente. Allega, y á la vista de toda la ciudad reunida y prosternada presenta un cáliz á la santa Hostia, la cual desciende lentamente y va á colocarse en él. En medio de los transportes de admiración y alegría de la multitud, fué conducida á la iglesia metropolitana de San Juan.

En memoria de aquel esplendente milagro, se erigió un templo en la plaza misma donde habia tenido efecto. Hace pocos años que se veia aún en un rincon detrás de una balaustrada la siguiente breve inscripcion conmemorativa: HIC STETIT EQUUS: «Aquí se detuvo el caballo;» inscripcion que indicaba el sitio donde el caballo del ladrón se habia puesto de rodillas.

Todos los años, la diócesis entera celebra este grande acontecimiento con una fiesta, y la ciudad de Turin la conmemora con una solemne procesion.

El prodigio, jurídicamente probado y consignado en los archivos de Turin, aconteció en 1453, el 6 de Junio, durante el pontificado de Nicolás V y el reinado de Luis de Saboya, padre del bienaventurado Amadeo, que fué el mismo Arzobispo de Turin que recibió la santa Hostia, segun acabamos de referir.

Además de esta solemnidad anual, los fieles de Turin celebran cada cincuenta años, con gran pompa, el recuerdo de aquel milagro en la iglesia del CORPUS DOMINI, especialmente consagrada á este objeto. Antes de las recientes revoluciones que han conmovido la Italia, existía aun y presidía estas fiestas una cofradía de eclesiásticos, instituida desde aquella época para honrar al Santísimo Sacramento.

TRABAJA.

Trabaja, jóven, sin cesar trabaja:
La frente honrada que en sudor se moja
Jamés ante otra frente se sonroja
Ni se rinde servil á quien la ultraja:
Tarde la nieve de los años cueja
Sobre quien léjos la indolencia arroja:
Su cuerpo al robie, por lo fuerte, cueja;
Su alma del mundo al lodazal no baja.
El pan que da el trabajo es más sabroso
Que la escondida miel que con empeño
Liba la abeja en el rosal frondoso.
Si comes ese pan, serás tu dueño,
Mas si del ocio ruedas al abismo,
¡Todo serlo podrás, ménos, tu mismo!

E. CALIXTO POMPA.

EL ANGEL MALO

Y

EL ANGEL BUENO.

I.

Juan es un trabajador inteligente y robusto. Ama á su mujer, jóven como él, y á sus dos pequeñuelos. Cuando vuelve del taller, estos le esperan invariablemente á la puerta de su pobre, pero limpia vivienda. Juan los coje en brazos, los acaricia y se presenta con esta carga delante de su mujer, que le sale al encuentro sonriendo.

En su casa no falta nunca lo indispensable, que rara vez deja de proporcionar el trabajo combinado con la economía, y su mujer cuida de que reine en ella el orden y la limpieza que son el lujo del pobre. Su comida se compone de manjares ordinarios; pero su paladar acostumbrado á ellos desde la niñez, los saboréa mejor que los productos mas raros y suculentos. El trabajo corporal y una buena conciencia son además dos grandes elementos para hacer ganas de comer.

Al retirarse del taller á su casa, Juan vé pasar á su lado los lujosos carruajes de los afortunados del mundo, sin que le ocurra la idea de entrar en comparaciones. El trabajo y los goces del hogar doméstico no dejan espacio á su imaginación para retraerse sobre sí misma. Despues de las rudas fatigas del dia se entrega con delicia al descanso iluminado por el amor.

No atormentan á Juan ni la ambicion, ni la envidia, ni el hastío, terribles verdugos de la riqueza ociosa y disipada, y hasta cierto punto es dichoso porque no tiene tiempo para ser desgraciado.

Su padre, artesano como él, le enseñó que esta vida

pasajera está cubierta de espinas, y que en la eterna, que viene despues, obtienen los buenos lotes, los que llegan á ella con los piés mas ensangrentados.

Su instruccion se reduce á saber leer y escribir, y su ciencia al Catecismo.

¿Qué mas necesita para ser buen padre, buen ciudadano y trabajador laborioso y honrado?

El domingo, despues de cumplir con el precepto religioso, sale la familia vestida de fiesta á disfrutar los placeres del descanso al aire libre. Maria lleva preparado y aderezado el festin campestre. Los niños brincan y saltan; Juan hace lo mismo que ellos, gozando de su alegría. La jóven esposa contempla con amorosa satisfaccion aquel cuadro cuya memoria embellece todas sus fatigas de la semana. ¡Día hermoso que hace llevadera y dulce la existencia casi mecánica de la familia del bracerol! ¡Rayo de luz que alegra la larga semana del trabajador!

Preguntadle á Juan si es feliz, y probablemente os mirará con asombro. Como no lee novelas, ignora que hay una literatura empeñada en convertir este valle de lágrimas en un eden de placeres, y una economía política que para mejorar la condición del artesano empieza por quitarle sus días de fiesta y de reposo. Pero preguntadle en cambio si es desgraciado, y os contestará resueltamente que nó. En efecto; Juan ama á Dios, ama á su esposa, ama á sus hijos, ama sus deberes, y el amor es el contrapeso de todas las miserias de la vida.

II.

Pero María empieza á inquietarse, porque empiezan tambien á alterarse los hábitos y costumbres de su marido. Juan se detiene á veces horas enteras en el camino del taller á su casa, que ántes recorría en línea recta y sin pararse. Sus hijos, cansados de esperarle muchos días en el umbral de la puerta, pierden ya la dulce costumbre de entrar colgados de sus hombros en el hogar en que María prepara los sencillos manjares de la familia. El rostro abierto y tranquilo de Juan aparece á veces contraído y duro. Ya en varias ocasiones ha dirigido á su esposa palabras amargas, y ha rechazado bruscamente las inocentes caricias de sus hijos.

Ya no juega con ellos en torno del hogar, ni les ayuda á balbucear las oraciones nocturnas, ni les cuenta historias de hadas y encantamientos para dormirlos. Mientras María con el corazón oprimido desempeña sola estos dulces deberes, su marido se absorbe en la sombría lectura de papeles impresos que trae, no se sabe de dónde. Juan empieza á pasar una parte de las noches fuera de su casa, y vuelve á veces muy tarde, cargado siempre de mal humor, y aun de cuando en cuando de vino.

Pero no se pierden de repente y de raíz las ideas y hábitos de una vida honrada y de un corazón cariñoso. Las suaves reconvencciones de su esposa hacen á veces mella en el ánimo conturbado de Juan, y vuelve al dulce redil de la familia para volver á caer de nuevo y con mayor intensidad en sus distracciones.

Una cosa alarma muy especialmente á la esposa atribulada. Juan ya no reza con ella, ni la acompaña á oír la misa de los días festivos; además, de cuando en cuando se escapan de su boca blasfemias que la llenan de espanto y de aflicción. Aquellos domingos consagrados á las dulzuras de la Religión y á las risueñas expansiones de la familia, van haciéndose cada vez mas raros. María se vé obligada á salir sola con sus hijos, y para alegrarlos tiene que devorar sus lágrimas.

La desolada jóven quiere saber quien le ha robado su felicidad robando la fé el corazón de su marido y con él el amor. No tardó en averiguarlo.

III.

Desde la época en que empezó á notarse aquel cambio extraño en las costumbres y en la manera de ser de Juan, tiene éste por compañero de taller á un

artesano que no se parece á los de clase. Es un jóven cetrino, de barba larga y de ojos que brillan con el fuego oculto de todas las concupiscencias. Lleva pantalon holgado, levita corta y sin talle, y sombrero de alas anchas de forma extranjeriza. Es un obrero político que ha pasado algun tiempo en la emigracion, y que ha vuelto á su patria convertido en agente ciego y misterioso de un poder oculto. Ha traído un repertorio de frases impías contra Dios y la Iglesia, que han desconcertado la fé sencilla de Juan. Una vez despojada el alma del artesano de este preservativo, no era ya difícil que penetrase en ella el venenoso y mortífero aguijon de la envidia. Las sugerencias de la serpiente le han encendido en deseos de morder el fruto prohibido. Por primera vez ha hecho comparaciones, y ha tenido lástima de sí mismo, escandalizándose de su propia tranquilidad.

Su Mefistófeles le ha conducido á misteriosos antros, en donde otros muchos artesanos como él trocaron la fe de sus padres por esperanzas insensatas é irrealizables de soñadas riquezas y goces. Al ver limitado su horizonte á esta vida terrena, Juan sintió que le faltaba el punto de apoyo, y se encontró lanzado en los negros abismos del odio.

El instinto de María adivinó este drama secreto y terrible, en cuyo desenlace veía la muerte de todas sus esperanzas. Su marido odiaba. El espectáculo de la riqueza iluminaba sus ojos con rápidos destellos de ira y de concupiscencia. De sus labios brotaron, como brota el fuego de un volcan, frases amargas y amenazadoras.

Juan era desgraciado, profundamente desgraciado. Estaba descontento de los demás, y aun mas descontento de sí mismo. Había momentos en los cuales penetraba en su corazón, fría como la hoja de un puñal, la sospecha de que iba á dejar de amar á sus hijos y á su esposa, y se irritaba al verlos, porque su presencia le parecía una acusación y un remordimiento.

(Se continuará.)

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones y cuartos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista puede distribuir por sí, ó bien dejar su distribucion al cuidado y arbitrio de esta administracion para que la reparta en las aldeas, huertas y caseríos.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Una accion	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 » «
Un cuarto id.	1 « «

Los pagos se harán por trimestres adelantados, y los que hayan de recibir su paquete fuera de la localidad satisfarán además cincuenta céntimos de peseta por accion, por el gasto del correo.

La correspondencia á la Direccion de este periódico, calle de Bellot, número 3.

Administracion, Colegio, 13.

Tip. Seráfica de la provincia de Cartagena.